

SOBRESALTOS DE LA EXISTENCIA

JUSTO SERNA

Un cuento no es una novela fracasada, no es la ficción que quedó sin completar. Lo dijo Jorge Luis Borges y lo recuerda ahora Antonio Muñoz Molina en *Nada del otro mundo* (2011). El cuento es la matriz de todas las historias, el apunte de pocas páginas en que están indicados y mostrados los desarrollos posibles de un caso.

En cualquier relato, hay espacios vacíos, cosas que no se expresan: informaciones omitidas que jamás sabremos; tiempo que se abrevia; personajes cuyos rasgos solo adivinaremos. Cuando contamos resumimos y seleccionamos, ponemos el énfasis en ciertos aspectos en contra de otros. Acentuamos o aligeramos. ¿Para qué? Para provocar un efecto. Tenemos poco tiempo o poco espacio y hay que administrarlos bien.

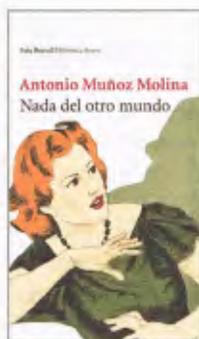
Los cuentos literarios suelen complicarnos las cosas. Más que para enseñar sirven para hacernos pensar, para sobrecogernos, para ponernos en duda. A su manera, también nos aleccionan. El canon es amplio: Edgar Allan Poe, Jorge Luis Borges, Julio Cortázar. Etcétera.

En esta enumeración incompleta, hay nombres insignes, autores que practicaron el cuento de miedo, fantástico, cómico y policial. Y eso, el miedo, la fantasía, la risa o la pesquisa son los dominios que Antonio Muñoz Molina cultiva en *Nada del otro mundo*. Pero no por separado. Este volumen apareció por primera vez en 1993. Ahora, con dos



Antonio Muñoz Molina.

RICARDO MARTÍN



Nada del otro mundo

Antonio Muñoz Molina

Seix Barral

18 euros

320 páginas

relatos nuevos, reaparece en Seix Barral. Tienen desigual extensión, pero comparten semejante tenor.

El protagonista de cualquiera de sus cuentos suele ser un varón que anda algo perdido, un muchacho o un adulto al que siempre le faltan datos: de hecho se mueve tanteando, con cobardías que no se perdona y con osadías de las que no se creía capaz. Suele ser también un tipo que mira y no ve, que observa y se confunde. ¿Por qué razón? Por su mala cabeza y falta de atención o por su abundante imaginación: escruta pero no distingue bien y por tanto aquello que divisa lo descifra erróneamente, añadiendo lo que no está o malinterpretando lo que sí ve. De ahí se derivan efectos cómicos o aterradores. Por eso precisamente, Muñoz Molina no escribe relatos de género (de miedo, etcétera). Escribe historias breves en las que el protagonista vive en pocas

páginas todos los sobresaltos de la existencia. Nosotros, los lectores, los disfrutamos: con pavor o con humor, atemorizándonos con el personaje o riéndonos de sus tropiezos, que también son los nuestros. Por ello, lo que siempre hay en Muñoz Molina es ternura, la ironía de quien no se cree mejor ni más sabio que sus criaturas o el miramiento de quien también tiene mucho miedo: el miedo que empezó cuando éramos niños.

Precisamente, el último cuento del libro, una historia inédita hasta ahora, es el mejor ejemplo de ese estilo, de ese tratamiento, de ese afecto que el escritor dispensa a sus personajes. Se titula "El miedo de los niños" y la vicisitud que nos presenta es la de una camaradería y la de un dolor. Dos muchachos, parientes y amigos, crecen y la vida los separa abruptamente. No diré por qué. ¿Cómo puede uno reponerse de esa amputación? Siempre quedan vestigios, restos.

En el relato breve, el pormenor es esencial. En *Nada del otro mundo*, lo que pasa es parte de una historia, un detalle que no apreciamos del todo, que no sabemos cómo acaba. Por eso, la vivencia o la videncia nos parecen mediocres o fantásticas, según. Como en la vida misma, un espectáculo incompleto que siempre acaba mal. De la existencia se sale con los pies por delante, cosa que da mucho coraje. En *Nada del otro mundo*, los personajes -fantasmales o reales- se ponen en pie y dan traspiés: hablan y se engañan. Con mucho cuento.